

FORMULARIOS COMUNES Y ADAPTACIONES LOCALES

En una reciente publicación ofrecida como homenaje al célebre liturgista francés P. Gy (*"Rituels, Mélanges offerts au Père Gy"*, Edit. Du Cerf 1990) figura una interesante colaboración de Björkvall, Iversen y Jacobsson que tiene como tema la comparación de los tropos medievales que glosan los textos litúrgicos de Pascua y de Navidad respectivamente. Se trata de un estudio evidentemente científico. Pero pensamos que las conclusiones a las que llegan los autores de este estudio pueden interesar, en alguna manera por lo menos, no sólo la historia y la profundización del significado teológico de determinados textos de las dos mayores fiestas cristianas sino a iluminar incluso un problema hoy a veces muy candente y quizá no siempre suficientemente clarificado: nos referimos al equilibrio entre la creatividad litúrgica de textos y ritos propios de las comunidades particulares y la que podríamos llamar "inmutabilidad" de otros textos más comunes o más constantes que, empleados a través de una geografía más amplia, fundamentan o manifiestan en cierta manera aquella unidad substancial del rito romano a la que se refirió el Vaticano II (*Sacr. Conc.* 38).

Para quienes desconocen lo que son los "tropos", objeto del estudio al que nos referimos, diremos que éstos consisten en pequeñas frases añadidas a determinados textos litúrgicos, a manera de comentarios explicativos, espirituales o incluso poéticos, que se hicieron muy frecuentes en la Edad Media. Si el texto litúrgico primitivo decía, por ejemplo, "Kyrie, eleison", el tropo presentaba el texto ampliado de esta forma: "Kyrie, lux et origo lucis, Summe Deus, eleison" (Señor, luz y origen de la luz, Dios sumo, ten piedad). Cuanto

más avanzó el tiempo más se multiplicaron estos tropos. Los “tropos” se fueron añadiendo a los cantos del Ordinario de la Misa -el “Kyrie”, por ejemplo, el “Gloria” o el “Sanctus”-, a las antífonas del Oficio y a los cantos del propio de algunas solemnidades, e incluso a determinadas lecturas bíblicas -los “tropos” a la lectura de los Hechos de los apóstoles que narran el martirio de San Esteban, por ejemplo, fueron singularmente populares en Cataluña-.

El estudio de Björkvall-Iversen-Jacobsson compara los tropos usados en Navidad y Pascua respectivamente. Algunas de sus conclusiones llaman la atención incluso desde un punto de vista teológico-litúrgico. En general, se comprueba que los “tropos” a los textos de Pascua aparecen más uniformes en la geografía, mientras los de Navidad varían bastante de un lugar a otro. Además los tropos pascuales -sobre todo el más célebre de ellos “Quem quaeritis in sepulchro” (A quién buscáis en el sepulcro), que sirve como de comentario o introducción a la antífona “Surrexit Dominus” (El Señor ha resucitado)- tienen un contenido “místico” e incluso dramático muy superior; los de Navidad, por el contrario, tienden al desarrollo de “ideas” menos históricas y de tipo más bien abstracto o especulativo. Del largo análisis de estos “tropos” de Navidad y de Pascua los autores llegan a la conclusión de que la jerarquía superior de Pascua aparece claramente reflejada en estas piezas -y ello a pesar de que Navidad cobra precisamente su mayor popularidad en la época en que nacen y se desarrollan los “tropos”-. Los “tropos” de Pascua, que son textos más comunes a las varias iglesias y en principio más antiguos, presentan indiscutiblemente Pascua como la fiesta de mayor relieve.

Pero no es precisamente la superioridad de Pascua frente a las demás fiestas -admitida hoy al menos teóricamente por todos- lo que quisiéramos subrayar aquí, sino el hecho de que los textos más universales, es decir, los más comunes y generalizados en las diversas iglesias, resultan ser también los mejores y los más expresivos del misterio cristiano.

A la misma conclusión a la que llegan nuestros autores estudiando los “tropos” se llega también desde otros puntos de partida. Y es éste el hecho importante que queremos recalcar aquí. Si comparamos las oraciones de los antiguos sacramentarios romanos -que pronto se universalizaron y por ende dejaron de ser de la ciudad de Roma para convertirse en textos de la Iglesia latina- con muchas de las piezas que nacieron en pequeñas comunidades aisladas, fácilmente comprobaremos que son los textos más universales los que mejor reflejan el contenido eclesial de la fe de la Iglesia mientras que los de comunidades más reducidas son, en general, mucho más pobres. Incluso la gente de hoy asume con menos dificultad los viejos textos de la Escritura o de los antiguos libros litúrgicos que las sentimentales oraciones del siglo XIX.

La razón última de la superioridad que reconocemos en estos textos más “universales” y más antiguos no se debe ciertamente, como a veces se ha pretendido, a un malsano arqueologismo: no se trata de que veamos como mejor lo “viejo” como tal sino que la motivación es muy otra: los textos más universales han pasado por el crisol de la vida eclesial en su sentido más propio -la Iglesia es comunidad universal- y por ello reflejan mejor la vida comunitaria que los que han nacido y se han usado únicamente en un ambiente más reducido.

Cada cristiano -cada persona- vive en un mundo, en parte por lo menos, individual y propio. En un mundo, por otra parte, intensamente influenciado por un ambiente concreto y cambiante. Quien vivió como suyo el ambiente religioso-sentimental de la Europa del siglo XIX se hallaba a gusto con las oraciones de esta literatura sentimental que estaba “encarnada”, como hoy se dice, en aquella época. Como los cristianos más jóvenes de hoy se encuentran ambientados con textos que recalcan sobre todo el compromiso, la amistad, el testimonio, la solidaridad. Nada obsta, evidentemente, a que estas expresiones se incorporen a *su oración personal*. Pero la liturgia tiene otro telón de fondo. La liturgia no es la oración personal sino la oración de la Iglesia como tal, a la que cada cristiano se incorpora ciertamente y cuya vida asume también como propia porque él es también Iglesia, pero que no suprime al individuo -ni la oración individual-de quienes, junto a su oración y vida personal y por encima de ellas se unen también a la celebración de la Iglesia, Cuerpo de Cristo que abarca toda la geografía y toda la historia: de Oriente a Occidente y de los primeros siglos a nuestros tiempos.

Es ésta la razón por la que la liturgia fundamentalmente se expresa a través de palabras y signos que superan el ámbito local y temporal de la pequeña comunidad. Cuando un pequeño grupo de fieles de un lugar concreto se expresan como Iglesia, más que un conjunto de hombres de un determinado lugar o tiempo con sus preocupaciones concretas, es sobre todo presencia misteriosa de la misma Iglesia que vivió en los siglos antiguos, de la que perdurará en los siglos venideros. Por ello la expresión de su plegaria es fundamentalmente común en el tiempo y en el espacio con la de los otros cristianos.

Tan pronto como la Iglesia empezó a crecer en el espacio descubrió ya esta necesidad de “comunidad litúrgica” en el tiempo y en el espacio y consecuentemente tendió a la exclusión de textos demasiado individualizados. Ya San Agustín pedía que ningún Obispo se atreviera a usar en la liturgia textos que no hubieran sido aprobados por un concilio, es decir, por una asamblea amplia de Obispos. Y la misma voz se repite en los concilios hispanos y africanos de los primeros siglos.

Nuestra experiencia eclesial, por otra parte, llega también a conclusiones parecidas: nosotros mismos aceptamos mejor los viejos textos de los Sacramentarios -no por ser antiguos sino por haber sido vividos por la comunidad eclesial que los ha hecho propios y los ha acreditado como eclesiales a través de largos siglos- que los textos de una época determinada o de un grupo concreto con maneras de ver mucho más singulares. Las oraciones, por ejemplo, de Navidad o la magníficas colectas del triduo pascual son ciertamente más asumibles por el cristiano moderno -responden mejor al ser eclesial- que aquellas oraciones mucho más recientes que figuraban en el Apéndice del Misal hasta 1962, pero sólo "pro aliquibus locis" (para algunos lugares) en honor, por ejemplo, de la Corona de espinas, o de la Lanza y los clavos de Jesús, o del Santo sudario o de las Cinco llagas.

Que la conclusión a la que llega un estudio histórico-científico sobre un pequeño detalle concreto -el de la comparación de unos "tropos" más universales con otros más particulares- ilumine en cierto modo la afirmación del Vaticano II que subraya que "las acciones litúrgicas no son acciones privadas sino celebraciones de la Iglesia, que es sacramento de unidad" (Sacr. Conc. 26) constituye un nuevo e interesante soporte teológico para no caer en la tentación de desfigurar la celebración eclesial introduciendo en la misma elementos que no responden a su naturaleza de celebración comunitaria.

P.F.